

Se necesita

En otras circunstancias no creo que hubiese contestado al anuncio. Pero la crisis aprieta y con mi mujer a media jornada, y yo en paro, me dije que por qué no. La verdad es que la oferta de trabajo daba pocas pistas. “Se necesita persona para prestar asistencia domiciliaria”, rezaba la nota en el tablón de ofertas de trabajo del supermercado. Que pusiese “persona” me dio a entender que daba igual que se tratase de hombre o mujer. Lo consulté con mi esposa y me animó a llamar al número indicado. Me atendió una señora que deduje que era la secretaria o algo parecido. Concertamos una cita. Y allí me presenté yo a los dos días sin saber muy bien a qué. La casa era enorme. Se notaba que los dueños eran gente de posibles. Me abrió la puerta una mujer joven y me acompañó a un salón. Me dijo que podía sentarme y esperar, que la señora vendría en un momento. Yo nervioso como estaba no pude permanecer sentado ni cinco segundos. En la luminosa sala, decorada estilo “rancio abolengo”, había un enorme mueble biblioteca. A mí me encanta leer y me acerqué para ver los lomos de los libros y hacerme una idea de la personalidad de los dueños. Los gustos eran variados. Había clásicos, novela negra, algunos ensayos, poesía, libros en tapa dura, en formato de bolsillo y algunos con lomos bellamente repujados en letras doradas. Me agradó ver que no había ninguna enciclopedia de las “bellamente ilustradas”. Así ensimismado estaba cotilleando cuando de repente la puerta se abrió, y la que supuse era la dueña entró en la estancia agarrada del brazo de su asistenta. Me indicó que tomase asiento y ella lo hizo también. La criada nos dejó solos. La mujer rondaría los setenta y pico años. Estaba seguro de que había sido una mujer guapa de joven. Me dio entonces los buenos días y me preguntó por mi nombre; una vez se lo dije, ella me dio el suyo. Me preguntó qué hacía mirando en el mueble biblioteca. Un poco incomodo por si ella se lo había tomado por una grosería, le comenté que me encantaba leer y que solamente quería ver los gustos literarios que se daban en la casa. “Eres lo que lees” dije un poco azorado y arrepentido en el mismo instante de haber acabado de decir aquella pedantería. Ella, con su cara afable y tranquila, esbozó una sonrisa. “Y lo que lees te hacer saber lo que no quieres ser”, me contestó con la mirada medio perdida. En ese momento me dí cuenta de que estaba ante una mujer inteligente y sensata. Comenzó a preguntarme por mis trabajos

Se necesita

anteriores, por el motivo por el que quería el trabajo y por mis aficiones. Yo estaba intrigado ya que ella no parecía tener intención por el momento de explicarme en qué consistía exactamente el trabajo. Así que, sin poder aguantarme más, se lo pregunté yo. “Todo a su tiempo. ¿Es usted muy impaciente?” me replicó, mostrándose contenta de haber creado un halo de misterio. Alguien llamó a la puerta en modo “toc, toc, ¿puedo pasar?” y sin esperar respuesta alguna, entró. Era la criada. Portaba bandeja de plata, tetera, dos tazas, azucarero, rodajas de limón, leche y unas galletas. Deduje que la cosa iba para rato. Pero quería el dinero a fin de mes y tampoco tenía nada urgente que hacer. Una vez me sirvió el té de forma paciente y sosegada, la anciana fue al grano de una forma directa y contundente. Me pilló por sorpresa, la verdad. Y me percaté de que ella estaba estudiando mi reacción mientras me lo contaba. Me contó que había estudiado Filología hispánica, pero que nunca había trabajado. Se casó con un rico empresario que pasaba largas temporadas fuera de casa, en el extranjero. No había tenido hijos. Tampoco los había querido, cosa que tampoco habían entendido su familia y amigos más cercanos. Su marido murió hace unos años y se encontraba sola. Me lo contaba sin acritud, sin afán de dar pena; y con firmeza, ya que había sido una decisión personal. Me comentó que una de sus pasiones era la lectura y me sonrió mirándome a los ojos, dándome a entender que por lo menos teníamos algo en común. Pero para lo siguiente no estaba preparado. Me explicó muy serenamente que hace unos meses acudió a una revisión rutinaria al hospital y le detectaron glaucoma en ambos ojos. En pocos meses, la oscuridad formaría parte de su vida. Me asombró oírle decir que ya había aceptado la enfermedad y que se estaba preparando para la nueva forma de vida que se avecinaba. Estaba aprendiendo a manejar el bastón, a conocer la casa sin tener referencias visuales y demás cuestiones que de rutinarias pasaban a convertirse en retos crueles. Solamente una cosa se le resistía y para la que afirmaba que no se encontraba con fuerzas. Aprender a leer en braille. “Y ahí entra en escena la persona que quiero que trabaje para mí. Quiero que alguien me lea tres horas, como mínimo, todos los días”, me dijo. Decir que me quedé descolocado es decir poco. “¿Me van a pagar por leer? ¿Voy a hacer de una afición mi trabajo?”, pensé. Ella siguió hablando: “Por el sueldo no se preocupe.

Se necesita

Puedo pagarle bien. Y por el horario tampoco. Solo quiero encontrar a alguien al que le guste leer y que pueda transmitírmelo cuando me lea. He intentado con los audiolibros, pero creame... es todo tan impersonal y tan frío. ¿Sigue usted interesado? Porque si es así, comienza la autentica prueba de fuego”. Le contesté con un “sí”. Ella se agachó y cogió de un mueble bajo que estaba a su lado un libro. Me lo tendió y me espetó “Lea”. Lo primero que me impresionó fue la elección del libro. Y que se trataba de una edición vieja de bolsillo. No estaba ajado, pero se notaba que ya había sido manoseado por varias personas. Ella me miraba. Yo la miraba a ella. Y con un gesto de su mano derecha me indicó que podía empezar. Comencé. Estaba nervioso. No estaba acostumbrado a leer en voz alta intentando comunicar a través de la entonación. Pero conforme iba avanzando en las páginas, me fui calmando y venciendo el temor y la vergüenza. Leí durante alrededor de media hora y de repente ella soltó un “Pare; Es suficiente. El trabajo es suyo. ¿Lo acepta?”. Después de que me detallara las condiciones le dije que sí. Resultó que sí que estaba bien pagado. Nos sacaría de apuros durante una temporada. Este nuevo ingreso sumado a lo de mi mujer nos daría para seguir tirando de una forma digna. Debía acudir a la casa tres horas al día. Una hora y media por la mañana y otra hora y media por la tarde. Ir los fines de semana era elección mía y conllevaría una gratificación. Ella entendía que tenía vida privada y que suponía que los fines de semana me gustaría estar con la familia y amigos sin ataduras de carácter laboral. Otra condición era que ella elegiría los títulos. Acepté. Con el paso del tiempo, aparte de leer comentábamos los libros. Manifestábamos nuestras opiniones que no siempre eran compartidas. Conforme nuestra relación se iba estrechando, la enfermedad ganaba terreno. Hasta que llegó el día que no distinguía formas, que debía ser ayudada para caminar, que veía “de oído”... Pero ella se mostró siempre fuerte. Era yo el que leía, pero creo que de alguna forma leíamos los dos. Pasaron por mis manos títulos de toda índole. Tan pronto estábamos en el siglo XVI viviendo una imposible historia de amor como viajábamos a la Luna por primera vez, o un italiano nos hacía comprender los entresijos del mundo de la cocaína. Con el tiempo, mis tres horas pasaron a ser cuatro; incluso había días que más. Por aquel entonces ya hablamos de

Se necesita

todo tipo de temas. La lectura ocupaba el primer puesto del podium, pero había huecos para otros temas. Incluso en bastantes ocasiones invitó también a mi mujer y comimos y cenamos con ella. Otras veces la invitábamos a salir con nosotros a tomar unas simples raciones en el bar del barrio para alejarla del silencio y quietud de su casa. A mí me asombraba: nunca parecía fuera de lugar y la adaptación a cualquier entorno o complicación era su seña de identidad. Y se hacía de querer. Baste decir que si la gente del servicio de su casa la adoraba sería por algo.

Pasaron años. Yo no busqué otro trabajo. Ella se encargó de forma generosa de convertir mi media jornada en una nómina a tiempo completo.

Y llegó la mañana de la llamada telefónica. Me avisaron de su ingreso hospitalario. Sufrió un derrame cerebral. Así. Repentino. Siempre impresiona que vigiles un flanco y que el mazazo te venga por otro. Fuimos a verla inmediatamente. No había muchas esperanzas de que se recuperara. Estuvo en coma tres días. Permanecimos a su lado casi todo el tiempo. Pero los médicos no pudieron hacer nada. Fue enterrada con su marido. Acudió bastante gente. Personas que no había visto nunca con ella. Pero estaba seguro de que cada uno de ellos era poseedor de gratos recuerdos. A los dos días me avisaron de una Notaría. Debía estar presente para la lectura del testamento. Miento si digo que no me sentí halagado. Acudí acompañado de mi mujer. No estábamos solos, aunque yo solamente reconocí al personal que trabajaba en la casa. El Notario procedió a abrir el sobre y realizar la lectura. Ahora alguien nos leía a nosotros. Se me hizo un nudo de tres lazos en la garganta. En la exposición que el notario hizo había términos que no alcanzaba a comprender totalmente. Algo de una Fundación. Un fideicomiso. Y llegó mi turno. Pronunció mi nombre. A mi también me había testado algo. Una generosa suma de dinero más que suficiente para dormir tranquilo unos años. Y algo más. Algo que debía recoger en la casa y que me sería entregado por un administrador designado para distribuir la herencia. A los dos días me presenté en la casa de nuevo intrigado por saber qué debía recoger. El administrador me llevó al salón biblioteca y me lo entregó. No pude evitarlo. Lloré cuando me entregó ese primer libro que le leí y

Se necesita

que sirvió de prueba para que me diese el trabajo y comenzase nuestra amistad. Miré al señor avergonzado por mis lágrimas; él asintió con la cabeza sin decir una palabra.

Hoy ese libro está en mi pequeña biblioteca. Ni que decir tiene que es el libro más especial que poseo. Y que cada vez que de forma inconsciente lo veo, me acuerdo de ella y de su valentía al elegir “Ensayo sobre la Ceguera”, de Saramago, como el primer libro que quería que le leyeran.